

I CONGRESO INTERNACIONAL SOBRE CONOCIMIENTO DE LA FERTILIDAD HUMANA Y SUS PERSPECTIVAS EN AMÉRICA LATINA

Managua, 22-25 de Octubre 2008

UNA EDUCACIÓN AL AMOR BASADA EN LA LÓGICA DEL DON

Eminencia Reverendísima, Sr. Nuncio Apostólico, Sres. Arzobispos y Obispos, hermanos en el Presbiterado, religiosos/as, familias todas:

Es para mi un honor y una gracia el poder estar aquí en esta estupenda ciudad y en este evento internacional: Felicito a los organizadores de esta iniciativa que tiene como misión tratar un aspecto esencial como es el estudio de los Métodos de Regulación de la Fertilidad. Vuestro Congreso Internacional coincide con el 40 aniversario de la Carta Encíclica del Siervo de Dios el Papa Pablo VI que supuso la interpretación profética de la tradición eclesial y que atendió a las enseñanzas del Concilio Vaticano II. Es allí en estos textos del Concilio donde descubrimos la sublimidad de la vocación al matrimonio y a la familia como un don recibido por nuestro Creador¹. Es allí donde descubrimos quién es el hombre y cómo es el hombre. Ciertamente y verdad es que en líneas anteriores al tratamiento específico del matrimonio y de la familia por el Concilio Vaticano II², se firma en el número 22 que Cristo revela plenamente el hombre al hombre. Esta revelación debe ser re-conocida y aprendida. Reconocida porque la situación actual del hombre ha sufrido accidentes y penumbras que le han impedido y que le impiden de hecho con facilidad reconocer su dignidad y la vocación a la que ha sido llamado. Y aprendida porque el don lleva implícito una misión a desarrollar y a explicitar en las singulares historias

¹ El matrimonio y la familia son realidades distintas. Pero por designio de Dios, están tan estrechamente unidas que no se deberían separar. Ambas se reclaman y complementan de tal manera que, como la historia demuestra la consideración aislada de ambas instituciones no solo amputa la dimensión de ambas sino que provoca alteraciones en el tejido social. El Concilio Vaticano II subrayó la necesidad de la íntima conexión al tratarlas juntamente como una unidad singular en el misterio del hombre.

² Gaudium et Spes, 48-52.

personales. Pablo VI consciente de la radicalidad de la temática ya que era el hombre y su dignidad lo que estaba en juego, no dudó en hacer lo humanamente posible por conocer todos los particulares. Y sobre todo no cejó de suplicar ayuda al Consolador para interpretar la voluntad de su Señor. Después de 40 años independientemente de otras consideraciones teológicas podemos sencillamente señalar que la historia ha ratificado cuan fielmente el Papa interpretó la voluntad de Dios.

Humanae Vitae en su complejidad y riqueza argumental es un camino. Es un camino vocacional que pretende guiar a los esposos por la sabiduría de Dios, la única verdadera y capaz de señalar al hombre la plenitud de vida. Es un camino donde al hombre se le revela a través de su vocación conyugal lo que Dios ha pensado para él³. Ha pensado que sea su transparencia, que sea la concretización de su amor en lo cotidiano e íntimo de la acción más humana y propia del hombre que es el don sincero de sí. El hombre no puede vivir sin amor y sin ser amado señaló Juan Pablo II ya que permanece un ser incomprensible⁴. Pero el amor del que aquí hablamos es el amor con mayúsculas, es el fundamento de la vida del hombre, es la fuerza que le hace nuevo. Y en este sentido, la actualización de este amor, es la de un amor personal, es decir corpóreo y espiritual, carnal y trascendente. De aquí la complejidad y la especificidad del amor humano. Aprender el amor humano es caer en la cuenta que siempre y todos podemos como caminantes saber algo más del camino, del paisaje que vemos, del detalle que descubrimos, del peligro que procura la imprudencia de ciertos momentos. Aprender el amor humano y concretamente el amor sponsal es tanto como decir que no estamos hechos del todo, que nada ni nadie nos determina porque somos libres. Donde está el espíritu del Señor allí está la libertad (2 Cor, 3,17). Aprender el amor humano es igualmente conocer objetivamente la naturaleza humana como algo recibido y no construido o pensado por un complejo apriorístico.

³ Cfr., C. Caffarra, *Ética General de la Sexualidad*, Barcelona 1996, 101-110.

⁴ Cfr., Juan Pablo II, Carta Encíclica *Redemptor Hominis*, Librería Editrice Vaticana 1979.

Nuestra existencia recibida por el Creador es la mejor que podemos tener. Conviene conocerla para amarla mejor para que el hogar de la memoria y del encuentro sean la antesala de la verdadera sabiduría. Solo así el hombre puede entablar una comunión única con su Creador, Padre y Fuente última de la vida.

Y en todo este proceso, el hombre real, no el pensado o imaginado tiene un cuerpo unido esencialmente a un espíritu de tal forma que las acciones humanas no son actos de un ser material simple. Llevan la impronta de la razón y de la libertad en una carne que es lenguaje de su ser y manifestación última de su imagen divina. En este contexto que inserta vuestro magno Congreso. El reconocimiento de la fertilidad humana es mucho más que una técnica, aunque lo sea⁵. Es mucho más que el cálculo de unos parámetros. Es volver a conocer la maravillosa sinfonía de la que habla el cuerpo personal. Y esta sinfonía corporal despliega un lenguaje, una comunicación, una canción que sólo el oído, la vista y el tacto adecuado puede intuir la belleza que contiene. En el fondo, el sustrato que hay en el reconocimiento adecuado de la fertilidad humana es una antropología holística y no reductiva como la sufrida por el pensamiento cultural en estos últimos siglos. Una antropología que re-conozca la grandeza y al mismo tiempo la limitación y debilidad de la naturaleza humana que solo puede ser plenificada en la unión íntima hombre-mujer⁶. Esta unión paradigmática procura el sigilo de perfección presente en la misma naturaleza, consigue que esa unidad-dual refleje la verdad del amor de la que procede. El reconocimiento de la fertilidad humana adecuada, consiente tratar a la persona como lo que es; un sujeto racional (no solo emotivo), un sujeto libre (no determinado apriorísticamente), un sujeto comunional (no individual). Permite el crecimiento de la verdad del amor en la persona a través de esas fuerzas (*virtute*) que de forma diversa inhiere en el sujeto humano. Estos

⁵ Cfr., M. Rhonheimer, *Ética de la Procreación*, Madrid 2004, 90-116.

⁶ Ciertamente el hombre es un ente familiar. La familia es una sabia institución del Creador (HV 8), que sirve para realizar la vocación originaria del ser humano a la comunión interpersonal, mediante la entrega sincera de sí mismo. Y en este sentido la familia es una institución natural. Las diferentes realidades históricas de la familia deberán ser juzgadas a la luz de esta verdad natural fundamental.

métodos “respetan el cuerpo de los esposos, fomentan el afecto entre ellos y favorecen la educación de una libertad auténtica” (CEC 2370). Entonces la unión sexual está abierta a la donación interpersonal y a la vida y es respetuosa con los bienes del matrimonio.

La Iglesia, experta en humanidad apela a la responsabilidad de los médicos, de los educadores, de los consejeros familiares, psicólogos, asistentes sociales, etc, para que contribuyan a que se reconozca y practiquen los métodos naturales. Juan Pablo II insistía que una parte importante del magisterio de los pastores a las familias ha de ser el del momento pedagógico en la planificación natural de las familias⁷ que se puede describir como el derecho-deber de los esposos a decidir, con amor el número de hijos y el tiempo para recibirlos⁸.

De aquí que no es solamente necesario un planteamiento educativo del amor como fundamento de toda experiencia personal y técnica en la esponsalidad, sino que es **justificable y urgente**. Justificable porque queremos servir al hombre integralmente señalando la riqueza compleja de su ser, en muchas ocasiones no exento de dificultades; urgente, porque la cultura actual presenta un concepto de persona que renuncia a la entraña de su naturaleza y a lo más íntimo de su definición y experiencia. La historia ya ha indicado donde acaban ciertas doctrinas modernas y postmodernas. Su error central es la reducción que pretende aplicar a la realidad conocida de la creación y al hombre mismo. Un planteamiento reductor que lejos de procurar la felicidad y el paraíso al hombre, le han destruido.

La educación tiene un gigantesco camino y desafío. Tiene la misión no ya de forjar un sujeto cristiano sino de re-crear un hombre capaz de conocer y vivir la llamada singular de su existencia. La educación de (*educere*) en su doble dinámica es más que una mera instrucción. Es actualizar lo que se lleva dentro. Puede forjar desde dentro y desde fuera al hombre tanto en su condición individual como social.

⁷ Cf., Juan Pablo II, Catequesis 24-9-1983.

⁸ Cf., A. Sarmiento, El matrimonio cristiano, Pamplona 1997, 404 ss.

La educación al amor es sin duda la obra por excelencia donde todo debe subordinarse. Porque es el amor la respuesta última al misterio del hombre y ese amor educable tiene la fuerza de alcanzar al corazón de la persona. Sólo con los ojos del corazón es como podemos perseverar en la a veces ardua tarea del aprendizaje del amor⁹. Sólo tomando conciencia de la centralidad en las iniciativas a todos los niveles, la etapa formativa no finalizará nunca porque detectaremos que la persona es y se hace, y ese hacerse, ese caminar se hace connatural en la medida en que se conoce; se hace urgente en la medida que se experimenta la solicitud de Dios que misericordiosamente concede al hombre atisbar la esperanza a la que es llamado.

1. Fundamentación escriturística de la educación al amor

En el libro de la Sabiduría encontramos una revelación que nos explica la necesidad de un conocimiento especial para aprender a amar de un modo humano. Podemos comprobarlo de la lectura del libro, donde aparece el término **eros** en este libro de la Biblia y precisamente relacionado con la **sabiduría**. Se trata por tanto de un conocimiento sapiencial con un fundamento humano-afectivo que nos permite entrever el plan de Dios.

Los elementos del amor humano en relación con la sabiduría nos permiten descubrir el valor único que el amor esponsal representa para el hombre y que podemos resumir en dos razones fundamentales: 1) **la sabiduría exhorta al hombre para que se empeñe totalmente en descubrir la grandeza de su existencia que afecta a la corporeidad como dato original que aparece en el relato genesiaco y está presente en toda la antropología judaica y después cristiana del cuerpo plasmado por la acción directa de Dios**; 2) **Se refiere a que este hecho se vive como la construcción y tarea de una vida**. El amor esponsal no es solamente cosa de un instante, algo que se admira

⁹ Cf., Benedicto XVI, Mensaje al Congreso organizado por el Pontificio Instituto Juan Pablo II y la Universidad Católica en el 40 aniversario de la publicación de la *Humanae Vitae*, Roma 3/10/2008.

o se desea, sino que es una guía que señala la plenitud de una vida, y descubre que detrás de todo se encuentra la voluntad amorosa de Dios. Naturalmente esto supone una gran docilidad de la persona que decide guiarse por la sabiduría. “ Decidí, pues tomarla por compañera de mi vida, sabiendo que sería mi consejera en los días felices y mi aliento en las preocupaciones y penas” (Sab 8,9); 3) Demuestra como la Sabiduría le desvela un panorama inmenso de detalles prácticos en relación al amor.

Por ello, la aportación que ofrece la sabiduría bíblica es absolutamente esencial. La experiencia religiosa no se pierde en vaguedades, sino que la revelación nos aclara, el hecho de que la búsqueda del hombre está precedida de una primera llamada de Dios. El amor esponsal si es total y libre es la respuesta a un amante que nos ha amado primero. Por ello, esta trascendencia nos lleva siempre al origen que debe ser considerada como un acto original del amor. Uno de los mensajes que nos ofrece el libro de la Sabiduría es que el orden misterioso del Universo no es solo un acto centrado en el hombre, que lo es, sino que es sobre todo un acto de amor. Y este conocimiento auténtico, único e inimaginable del plan de Dios, llama al hombre a responder con amor si quiere construir una vida en plenitud. Esta realidad se construirá en la historia de la teología bajo la categoría de persona. La sabiduría divina partiendo de un acto de amor precedente subraya el significado de la vida como una auténtica vocación al amor.

2. Aprender el amor esponsal

La sabiduría humana de la que hemos hablado, es algo completamente diverso de la espontaneidad. Se trata de un principio importante ya que algunas interpretaciones actuales arrojan bastantes sombras sobre la relación hombre-mujer y por tanto con problemas a la hora de presentar lo que es la verdad acerca del matrimonio y la familia. El amor no es un instante (como pretende afirmar el postulado romántico), ni un ideal que provoca maravilla; **el amor necesita de un aprendizaje y por tanto es educable**. Esta es la idea central que quiero recordar.

Esto implicará saber cómo deberá ser la persona para que esté dispuesta a vivir la plenitud a la que es llamada.

Por distintas razones históricas que no son del caso¹⁰, el amor se ha reducido al ámbito privado de la existencia humana y sin ninguna referencia en el ámbito público. Una división muy grave y convulsa, decididamente consolidada entre la justicia y la caridad¹¹. La privatización del amor, incluido el esponsal ha sido uno de los aspectos más negativos para la enseñanza del amor en los que en buena parte fue responsable una cierta educación puritana acogida por el cristianismo¹². Sin embargo, la sucesiva caída del puritanismo ha puesto fin a su enseñanza moral basada en la información represiva de los preceptos que partía de un voluntarismo que desconocía los afectos y en el cual el amor carecía de importancia. Poco después el péndulo giró hacia un modelo basado en la autonomía absoluta del sujeto y que daba por descontado cierta rotura en relación a la paternidad. El formalismo convencionalista sobre el cual se ha fundado esta forma romántica de concebir el amor esponsal ha hecho difícil su enseñanza y sobre todo ha creado un sujeto de tipo utilitario y emotivista que dificulta grandemente la tarea del aprendizaje más importante de su vida: **aprender a amar**. Además la cultura actual condicionada en gran medida por los medios de comunicación y por una sociedad en grandes ambientes de tipo pansexualista dificulta la tarea formativa de la enseñanza del auténtico amor humano que tiene en el esponsal el paradigma más acabado.

La sabiduría que se trata de un don de Dios que busca la plenitud del hombre necesita la educación para que éste pueda responder acabadamente a la iniciativa divina. Este encuentro entre Dios y el hombre se puede resumir en el aprendizaje de la verdad del *eros*. Podemos aprender mucho de una pedagogía divina que es sin lugar a

¹⁰ El racionalismo ilustrado se mofó del aspecto sapiencial del amor. El amor ya no es una fuente de conocimiento y por lo tanto no es susceptible de ser ni aprendido ni de ser enseñado.

¹¹ Benedicto XVI, *Deus caritas est*, nn 26-29.

¹² Parte de este problema surge de la educación puritana que formó hasta la I Guerra Mundial generaciones enteras de cristianos que entre otras cosas subrayaba la moral privada en aspectos relativos a la sexualidad.

dudas una pedagogía de amor. La novedad fundamental que aporta la revelación de la Sabiduría es que señala la existencia humana como una historia de amor que no puede considerarse como un estado vago sin referencias espacio-temporales. **Lo importante es darse cuenta que uno viene amado para aprender a amar y participar de la comunión de amor que se revela en la vida divina.** Por esto, se puede solo realizar por medio de un amor que sea significativo para el hombre. Ha sido recordado recientemente por el Papa Benedicto XVI, diciendo que el matrimonio desarrolla un papel fundamental en esta dinámica amorosa¹³.

3. La singular historia de amor

Toda la Sagrada Escritura está penetrada de ese intento pedagógico del Dios bueno y paciente que va preparando a los hombres para que puedan comprender el misterio de su creación. Y esta pedagogía tiene un núcleo, un centro que no es otro que el amor de Dios, manifestado de diversas formas y a través de numerosos mediadores. Concretización señera de este amor sapiencial es al ley de Dios que lejos de ser un ritual preceptivo anquilosante es la expresión de una alianza liberadora para el hombre. En efecto, la ley divina procura al hombre la luz para vivir conforme a su dignidad. Y esta ley, alianza de la sabiduría creadora¹⁴ está penetrada por el sentido de la esponsalidad. Por ello, la consecuencia inmediata es la necesidad de un aprendizaje donde el amor como historia sea el elemento central. El paradigma de esta enseñanza es lo que el padre hace con el hijo. El cambio generacional es una clara expresión de la sabiduría, un modo único para expresar una verdad humana que es la propia del amor.

En el caso de Israel, en el momento en el cual se pone la fe en la espera de un Mesías futuro se refuerza el nacimiento entendido como un don de Dios, nacimiento que narrado de forma intensa: “un niño ha nacido, un hijo se nos ha dado” (Is 9,5).

¹³ Benedicto XVI, *Deus caritas est*, o.c., n 11: “a la imagen del Dios monoteísta corresponde el matrimonio monógamo. El matrimonio basado en un amor exclusivo y definitivo es el espejo de la relación de Dios con su pueblo y viceversa: el modo de amar de Dios es la medida del amor humano. La unión íntima entre eros y matrimonio en la Biblia casi no encuentra paralelos fuera de ella”.

¹⁴ Cf., C. Caffarra, *Vida en Cristo*, Pamplona 1989.

En este sentido, es del todo relevante la relación única que se establece en la historia de Israel entre el **monoteísmo, el adulterio y la defensa de la vida de los primogénitos** ya que Dios es garante de la vida y no quiere la muerte. **La fecundidad es un don y no es un sacrificio para un dios que devora** a sus propios hijos.

A través de este primer viaje en la historia del amor divino, podemos entrever la fuerza con la cual nos viene presentada una unidad significativa entre **amor, sponsalidad, el don de la vida y el culto a Dios**. La radicalidad de esta unión viene apuntada en el Nuevo Testamento concretamente en el Evangelio de Mateo capítulo 19 donde el Siervo de Dios Juan Pablo II en sus Catequesis sobre el amor humano en el plan divino¹⁵ señala como clave de interpretación la vuelta al Principio.

4. La enseñanza peculiar de un amor donado y la paternidad responsable

La novedad de esta enseñanza particular se encuentra en la centralidad de la **gracia**. Esta transformación hace más explícito aún el hecho de que el contenido de la revelación divina no sea de ningún modo un ideal inalcanzable para el común de los mortales, sino que ciertamente transforma al hombre liberándolo de aquello que le impide vivir para lo que fue creado.

En conclusión en lo que hace referencia a la enseñanza del amor, su aspecto concreto resulta ser decisivo, y en tal proceso, el amor esponsal desarrolla un papel absolutamente central. No se puede considerar como algunos pretenden o están pretendiendo considerar como una serie de exigencias que se alejan de la biología de la sexualidad humana y que a su vez exige que se considere solamente el proceso de unión carnal del cual resultará la procreación. En este proceso el amor podría ser marginal, permaneciendo una posición extrinsicista y fisicista como algunos autores han apuntado a lo largo de la historia reciente como

¹⁵ Cf., Juan Pablo II, *Hombre y mujer los creó*, Ed Cristiandad, Madrid 2003.

Schopenhauer o Engels. Una consideración reductiva y minimalista de la sexualidad era la prueba segura de una pronta infidelidad conyugal cuando las expectativas procreativas no fueran las deseadas o las esperadas de la unión conyugal. Sin embargo, un planteamiento holístico señala el valor único del amor como forma de revelación de la dignidad de la persona humana en relación al trascendente a través del don sincero de si mismo y de la salvación a la que todo hombre aspira. Se trata de “significados humanos” percibidos en relación a una vida en plenitud y a la realización de una comunión de personas en el matrimonio y en la familia¹⁶.

Sin embargo, resulta obvio que no por conocer la verdad del amor automáticamente se puede vivirla. Urge por tanto, aprender a vivirla. La diferencia que hay entre un modo y otro de conocimiento es claro: se puede vivir como un peso o por el contrario se puede vivir como un liberación. Estos dos modos son los que sumariamente se adoptan frente a la *Humanae Vitae*, y sobre todo en lo que se refiere a nuestro tema que es la educación y la enseñanza debido a una profunda crisis moral que ofusca la comprensión de los significados de la sexualidad y debilita el modo en cómo los hombres viven el matrimonio y la familia. Pero la Iglesia, no se cansa de anunciar y proponer la verdad de la paternidad responsable y enseña al hombre los instrumentos para que pueda aprender a vivir la propia responsabilidad. Es precisamente **la responsabilidad** el punto central de este aprendizaje. No se trata de una responsabilidad entendida “técnicamente” como si fuese un cálculo de beneficios y pérdidas, sino que se trata de una responsabilidad que posibilita la comunión interpersonal. Y es totalmente imposible comprender plenamente el significado de la expresión anterior si no se entiende que la procreación es una responsabilidad frente a Dios¹⁷, ya

¹⁶ Cf., K. Wojtyła, El don del amor. Escritos sobre la familia, Madrid 2003, 301-330.

¹⁷ En este sentido, la responsabilidad nos muestra la necesidad de ser precisos en el lenguaje. Le conviene el uso del término regulación. Regulación nos habla de ajustar, de adaptar en una dinámica dialogal la voluntad del hombre a la revelación de Dios que se manifiesta en la conciencia del hombre. Ese ajuste conoce la libertad ya que es una adhesión a la verdad. En cambio. El término control se reduce a balancear las distintas posibilidades y elegir autónomamente la que se considera mejor aquí y ahora. Obviamente en el primer caso se contempla el ejercicio del organismo de las virtudes y en el segundo se

que es Él el dador de la vida. Por lo tanto, el modo en el cual los cónyuges viven su fertilidad significa reconocerse no árbitros autónomos de las fuentes de la vida humana, sino servidores del plan establecido por el Creador¹⁸.

Cuando hablamos de la función formativa de los métodos naturales nos acercamos desde una perspectiva particular. Como es obvio no se trata de una simple cuestión de método que se debe conocer y valorar en base a los resultados que ofrece, sino sobre todo es necesario ver en el método mismo un modo concreto a través del cual la persona descubre de verdad su responsabilidad ante Dios. Ahora bien, si esto teóricamente está claro, y existen buenos protocolos para la enseñanza de los métodos naturales existen todavía bastantes lagunas en el aspecto educativo que es esencial y que ha permanecido hasta ahora como una cosa secundaria de tal forma que se los consideran como métodos eficaces ante unas situaciones determinadas.

[Con el paso del tiempo se ha hecho más clara aún el contenido real de la propuesta de la contracepción, y en tal sentido, es necesario afirmar que sobre este punto la encíclica *Humanae Vitae* ha sido profética. No está todo en la separación entre sexualidad y procreación, pero ésta ha sido el origen de una fractura sucesiva mucho más radical y destructiva entre sexualidad y amor que es un elemento decisivo de la ya difundida teoría del género. La razón de tal ruptura es clara: así como la propuesta contraceptiva transformaba en electivo el significado procreativo del acto sexual conyugal, del mismo modo **el amor se ha convertido en electivo** respecto al acto conyugal. El único valor que la cultura ha mantenido es el de evitar la violencia sexual. Sin embargo, este valor no se ha visto reflejado en la realidad, ya que es absurdo alcanzar una excitación máxima de un deseo e inmediatamente desearlo dominar en nombre de una mera corrección ética.]

La crisis en la que nos encontramos hoy en día se podría resumir diciendo que el amor no es educable. Pero esto solamente considerado

considera a éstas como un modo rápido de cálculo práxico. Cf., Carlos Simón Vázquez, Estudio Histórico-Crítico del Concepto y Término de Planificación Familiar, Murcia 2003.

¹⁸ Cf., Pablo VI, *Humanae Vitae*, n 13

desde un punto de vista pragmático nos debería hacer reflexionar cómo esta falta de educación ha llevado a la fractura de los significados de la sexualidad y a comprobar la debilidad del sujeto utilitarista emotivo.

5. La ruptura de los significados

“El hombre contemporáneo es incapaz del don de sí y de la paternidad porque ha perdido la memoria de su origen: no puede soportar la idea de ser hijo. Lo considera como la violación radical del factor que ha absolutizado su identidad: la autonomía de su libertad”¹⁹. **Eliminar el recuerdo del origen de la vida como don, es privar al hombre de la raíz misma de su capacidad para amar.** Si el amor fuese una simple expresión de una elección anterior, entonces sus significados serían meramente electivos y cualquier educación estaría basada en la corrección social como máximo exponente.

La revolución sexual de los años sesenta del siglo pasado, ha convertido el acto sexual en un producto de consumo dentro de un pansexualismo radical.

6. Una enseñanza, no una técnica

Pero no nos resignamos ante esta falsedad. El aprendizaje del amor conyugal al cual se ha hecho referencia debe ser entendido en la integración de sus principales significados dentro de la vida en común en un contexto de vida matrimonial en común. En esta óptica debe ser considerado como el principio sobre el cual se basa la pastoral familiar de la Iglesia. A este propósito se han desarrollado muchos cursos de preparación al matrimonio etc, pero en ellos sobresale ante todo el aprendizaje de unas técnicas más que **el descubrimiento de cómo los significados propios del amor conyugal se articulan de manera definitiva en tales métodos.** Es necesario subrayar que la cuestión

¹⁹ Cf., L. Melina, *La famiglia, piccola chiesa domestica, dimora dell'agire morale cristiano*, Venecia, 2006, p.19.

decisiva no consiste en la conjunción de los significados **sino en la connaturalización virtuosa de los mismos**. Esto es lo que muchos ignoran. Y es aquí donde se debe hacer notar la importancia de la norma de la *Humanae Vitae* desde el punto de vista de la pedagogía de la ley. Todo lo que hemos querido señalar hasta ahora, es decir, que lo determinante, lo decisivo es aprender a vivir virtuosamente en la vida matrimonial. Por ello, la cuestión del modo concreto de afrontar el tema de la paternidad responsable no se refiere solo a la asunción de un método determinado, sino al modo de vivir **la responsabilidad de la fecundidad** en el matrimonio como alimento esencial del amor conyugal. Sentado esto, ayudar a los cónyuges a **conocer la propia fertilidad es un elemento peculiar de tal responsabilidad**. Los llamados “métodos naturales” no son otra cosa que métodos a través de los cuales es posible conocer la fertilidad²⁰.

7. El valor educativo del conocimiento de los ritmos de la fertilidad humana

La verdad sobre la fecundidad en cuanto forma humana necesita el concienciarse del significado humano de la procreación en el contexto del amor conyugal. Por ello, el método no se contempla como una cuestión en defensa de su cientificidad sino que es un elemento de la sabiduría humana que le da un sentido al hecho de que Dios da al hombre el poder de transmitir la vida en el contexto del amor conyugal. Los diversos métodos que ayudan a modificar la conducta conyugal llevan implícito un reconocer a Dios como autor y Señor de la vida. En las razones serias que los esposos aducen se descubre la fidelidad al plan de Dios que les pide la decisión de no transmitir la vida. No son los esposos los que en última instancia deciden. Los actos conyugales no dejan de ser legítimos y honestos y dignos aunque por causas

²⁰ Por métodos naturales, llamados también biológicos, se describen aquellos métodos que tienen como finalidad poder calcular el momento de la ovulación y, en consecuencia, conocer los días fértiles e infértiles de la mujer con el fin de poder realizar la unión sexual según se pretenda o no la procreación. Existen varios como el Billings, sintotérmico etc.

independientes a la voluntad de los cónyuges se prevén infecundos ya que continúan a ordenados a expresar la unión (HV 11) Usufructuar el amor conyugal respetando las leyes del proceso generador significa reconocerse no árbitros de las fuentes de la vida humana, sino más bien administradores del plan establecido por el Creador (HV 13).

Sobre todo, el método que tiene un valor normativo para el hombre procura un conocimiento grande de la realidad (de la naturaleza) en relación con la simple manipulación con fines utilitarios. El conocimiento por parte de los cónyuges antes de actuar, representa un primer paso en el camino para adquirir un profundo sentido de la responsabilidad. En concreto, vivir de forma responsable tal reconocimiento nos pone en primer plano el significado auténtico de la **virtud de la castidad** que es el verdadero pilar del amor conyugal y por ende de la vida humana²¹. Necesitamos profundizar más en el sentido **real y pedagógico** de la castidad en cuanto virtud²². Porque en el mejor de los casos se la confunde con un cierto rígido voluntarismo o con un determinado psicologismo afectivo. Por ejemplo, la falta de comprensión de la excelencia que aporta la virtud de la castidad se observa en el modo en cómo vienen ilustrados los llamados “métodos naturales” los cuales se basan en la práctica de la continencia. Comprendo que es un modo técnico de afrontar la cuestión; en realidad, la continencia no es un método, y presentarla como tal puede resultar negativo. El matrimonio como forma de contenerse es uno de los proyectos menos aceptables y atractivos que puedan ser propuestos. En cambio, si se viven bien estos métodos nos encontramos ante una realidad bien diversa a la mera continencia. En efecto, es necesario la asunción de la misma, pero con un significado diverso. Se trata de una realidad que los cónyuges aprenden en muchos casos a lo largo de su vida matrimonial de forma natural llegando a comprender la grandeza de la castidad. Ciertamente es algo diverso de la decisión simple de elegir el momento concreto de tener un hijo: en efecto, el elemento central es el

²¹ GS 51.

²² Cf., A. MacIntyre, *Dopo la virtù*,: saggio di teoria morale, Milano 1988.

descubrimiento de lo importante que es abrirse a la vida, ya que esto permite mantener vivo el amor conyugal y es además importante para desarrollar el amor paternal en relación a los hijos. En este modo de vivir la sexualidad es necesario no perder de vista nunca **que los hijos son un don de Dios**. La idea de que **el hijo sea el producto del error de un método** es diametralmente opuesta al concepto de amor conyugal y de la dignidad humana, de igual forma que la invasión por parte de terceros en la intimidad interpersonal de los cónyuges. De hecho en realidad no se puede pensar en una cultura de la vida sin una oportuna educación al amor esponsal. El valor educativo del amor conyugal es como el alma de la educación de los hijos y de la introducción de estos en la belleza de la vida de la familia y del matrimonio.

8. Objeciones: ¿Educación al amor?

Como es conocido existen objeciones a lo que hasta ahora hemos sintetizado.

La primera crítica obviamente viene de la concepción **romántica** del amor y sobre la cacareada falta de espontaneidad que oprime inhumanamente al amor esponsal. La debilidad de tal argumentación es fácil de descubrir pero no por ello hay que despreciarla. Se basa en decir que es lo mismo el deseo sexual que el amor y esto es falso, ya que es propio de la naturaleza del hombre examinar las circunstancias que coinciden en un momento y el juicio emitido por la razón para encarnar la conyugalidad *hic et nunc* y por tanto manifestar la excelencia de la elección humana. Es claro que no se puede confundir la espontaneidad con el simple dejarse arrastrar por un amor precedentemente exento de cualquier responsabilidad como cuando se habla del llamado “sexo seguro”.

Todavía es más fácil de desmontar la acusación dirigida a la Iglesia según la cual ésta defiende una concepción retrógrada de la naturaleza humana que viene indebidamente sacralizada como si cualquier

actuación técnica fuera en contra de la ley de Dios. Nos encontramos frente a una burda acusación contra la Iglesia. Sin embargo, hay que tener en cuenta que es un tema amplio y que debido a la manipulación lingüística organizada meticulosamente se presenta una dialéctica cuando menos ambigua. Se presenta una dialéctica entre los medios artificiales y los métodos naturales que no hacen honor a la verdad. El problema no está en la artificialidad o menos del método, sino en la intencionalidad de hacer infecundo el acto sexual, es decir en la rotura del significado del amor²³. Se trata de un problema moral y no técnico. La diferencia abismal entre las dos opciones nos hace ver con mayor urgencia lo necesario que es un proceso de educación con el fin de que se pueda llegar a vivir y a comprender la verdad sostenida por la Iglesia. Pero no acaban aquí las dificultades, ya que la tercera objeción que se pone es la más insidiosa. Se dice que la norma de la Iglesia no se puede vivir y lo que es más grave aún no es ni pensable (plano de la acción=voluntad; plano del pensamiento=razón)²⁴. La norma de la Iglesia es irrealizable e impensable; es en el fondo irracional y por tanto inhumana, según esta objeción. Vivir la continencia dentro del matrimonio, así como tener varios hijos son acciones incomprensibles en el mundo actual. Por tanto, la posición de la Iglesia viene considerada como hipócrita. La maldad contra la norma de la *Humanae Vitae* nos señala la sexualidad como algo determinista y que sólo se puede medir a través elemento placentero. El otro modo de considerarla que es la nuestra que sostiene que la sexualidad es educable, que debe ser integrada en la libertad humana y que responde en último término al lenguaje de la persona y a su dignidad. Es evidente que en nuestra sociedad actual, el hedonismo utilitario pretende imponer un sexo “objetivado” desligado del ser personal y donde el hombre autónomamente lo gestiona de modo racionalista (control). En las antípodas de este planteamiento se sitúa una visión de la sexualidad

²³ Cf., Juan Pablo II, *Uomo e donna lo credò*, o.c., Cat CXVIII. También, cfr., M. Rhonheimer, o.c., 91ss.

²⁴ Cfr., C. Caffarra, *40 anni dal Humanae Vitae*, Congreso organizado por el Pontificio Instituto Juan Pablo II y la Universidad Católica del Sagrado Corazón, Roma 3,4-10-2008. (Relación no publicable). Sería el momento sucesivo a la imposibilidad de vivir la norma de la *Humanae Vitae*.

donde la intervención de la virtud/es a través del juicio por connaturalidad envuelve a la persona en su complejidad existencial y cuenta además con el elemento más importante que es la gracia de Dios en la persona. Por eso es tan dramática la situación actual en algunos aspectos que considera a- priori, un imposible a vivir lo que la virtud con sacrificio presenta como algo excelente y que la gracia hace que ese aparentemente imposible sea algo posible.

De aquí la importancia de hablar de “paternidad responsable” desde todos los puntos de vista que afectan a la complejidad del misterio del hombre, como ente familiar, comunional y religioso. Sólo removiendo las barreras que impiden re-conocer al hombre que es hijo y padre, se puede dar un sentido pleno al concepto de paternidad responsable.

9. El problema de la reciprocidad

Señalamos brevemente lo que es el asunto central de la paternidad responsable que hace referencia a ambos cónyuges y que es necesario encontrar un acuerdo para poderla vivir. Ante los numerosos interrogantes que se dan para la vivencia real de la paternidad responsable, lo primero que hay que tratar es la dimensión dialógica que se da en la “reciprocidad en el amor”. El hecho de que se trata de una cuestión que hace referencia a dos personas representa **la grandeza y la vulnerabilidad** al mismo tiempo del amor conyugal. Es siempre difícil vivir la integridad del amor conyugal ya que es siempre una **vocación y una tarea**. No se trata de consumir simplemente un acto sexual sino que consiste en encarnar la donación recíproca para siempre. El matrimonio no es solamente un contrato privado que afecta a la voluntad de los cónyuges. La reciprocidad en el matrimonio nace de la institución del vínculo pero está llamado a proyectarse en la construcción de una comunión interpersonal. Aquí entra en juego decisivamente la presencia de la responsabilidad que lleva a la oblación de cada uno de los cónyuges y que es el espacio donde se encarna el amor conyugal. Por ello, **uno de los aspectos decisivos del valor**

educativo de los métodos naturales para poder vivir la paternidad responsable es el que obliga a considerar la paternidad como algo que hace referencia a dos personas, elemento determinante, ya que el peso del sexo no haga perverso el auténtico significado conyugal. En cambio los métodos contraceptivos son siempre individuales. Se pueden llevar a cabo sin tener en cuenta la opinión del otro, sino que en muchas ocasiones sólo a través de la imposición. Una vez más se hace indubitable, la esencial unión entre la dimensión procreativa y unitiva del acto conyugal que está en la misma naturaleza del acto y que el hombre sólo violentando la verdad puede separarlos.

La responsabilidad que debe caracterizar la unión de los cónyuges se traduce en el respeto por la conciencia del otro que es una dimensión fundamental en la convivencia conyugal. [Se puede construir la casa, el hogar familiar sobre arena o sobre roca (Mt 7,24-27, Lc 6,47-49)].

10. Un ejemplo de la ley de la gradualidad

El hecho de que existan muchas personas que utilizan los métodos de regulación de la fertilidad por razones naturalistas basadas en el respeto a la naturaleza física sin considerar la moralidad intrínseca de tales métodos hace pensar que existen personas que utilizan tales métodos convencidos que se trata de un método contraceptivo que puede asegurar el hecho de que no se de el embarazo. Pero estas posiciones no reflejan la sabiduría de la que hemos estado hablando. Se trata de un ejemplo de la ley de la gradualidad como una pedagogía que comprende toda la vida conyugal²⁵. El motivo es que ésta presupone la aceptación de una norma que no está en línea con nuestro deseo subjetivo porque requiere obediencia. Aquí se trata de considerar que la procreación no es algo que se deja al libre arbitrio aunque las razones en todos y para todas no sean del todo conocidas. Esto es algo necesario para un itinerario de crecimiento y de educación. Es completamente diverso reducir el concepto de paternidad de los

²⁵ Cf., Juan Pablo II, Exhortación Apostólica Familiaris Consortio, nn 9 y 34.

cónyuges a la mera consideración del arbitrio. Es un modo de indicar la incapacidad que tiene la sexualidad para ser educada. La razón es simple: no se acepta la existencia de una verdad objetiva de los significados de la sexualidad en el hombre que pueda conducir a un crecimiento de la persona. Al contrario, se pretende una gradualidad de la ley como si existiesen grados distintos para hombres y situaciones distintas. Significa en el fondo que las leyes dependen de las consideraciones subjetivas y así se llega a considerar la secularización del amor esponsal con consecuencias traumáticas que la historia ya se ha encargado de corroborar.

11. La sabiduría de un corazón redimido

Hemos declarado que el amor de la Sabiduría es el prototipo del amor esponsal. Sin embargo, todavía no hemos señalado un aspecto importante de la sabiduría como es el de la misericordia. No se trata de un aspecto marginal aunque la situemos al final de esta intervención, ya que el perdón es una de las realidades educativas esenciales dentro del matrimonio²⁶. El perdón es necesario vivirlo y experimentarlo en la propia historia ya que ayuda al hombre caído y concupiscente a retomar el camino del principio. Juan Pablo II gráficamente gritaba que la Iglesia se dirige sí al hombre caído pero sobre todo al hombre redimido por Cristo. Significa esto que el Señor nos ha dado la posibilidad de conocer y vivir la verdad de nuestro ser, es decir que ha liberado nuestra libertad de la concupiscencia²⁷. Esta sabiduría es la que el Resucitado nos ha dado junto a la nueva vida que libremente nosotros podemos acoger. Una sabiduría que a través del seguimiento de Cristo posibilita en nosotros un camino pedagógico de intimidad, de connaturalidad que nos muestre el secreto de la esperanza y de la alegría de nuestro obrar. Cooperando a esta alegría, la misión del cristiano se hace atractiva y contagiosa como la levadura en la masa,

²⁶ Cf., J. Laffite, *El perdón transfigurado*, Madrid 1999.

²⁷ Cfr., Juan Pablo II, *Discurso a los sacerdotes participantes en el Seminario de Estudios sobre la procreación responsable*, 17-IX-1983.

fermento de un mundo, donde la dignidad del hombre llamado a la verdad del amor sea el pilar de la nueva creación.

Mons. Carlos Simón Vázquez
Sub-Secretario del Pontificio Consejo para la Familia